

hermoso morir por Jesucristo [...]. Busco a aquel que murió por nosotros; quiero a aquel que por nosotros ha resucitado».

Simeón desempeña el precioso servicio de hacer pública una salvación que, percibida de momento sólo por él, tiene como destinatarios a «todos los pueblos» (v. 31). Es ya una anticipación de la plenitud cristiana después de la resurrección. En efecto, el discurso de Simeón tiene siempre como centro a Jesús. La idea de salvación y el alcance universal llevan al misterio pascual, al momento en que todos los hombres, indistintamente, serán incluidos en el amor redentor de Jesús. Por eso, «el himno no es un adiós crepuscular o melancólico, sino un saludo festivo al alba mesiánica que nace y a la palabra de Dios, cuyas promesas están a punto de cumplirse en plenitud» (G. Ravasi).

Simeón tiene la oportunidad de entrever lo que los acontecimientos posteriores sacarán a plena luz. Él experimenta la bienaventuranza prometida por Jesús a sus discípulos: «¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron» (Lc 10,23-24).

Simeón no se limita a exaltar al Mesías y a comunicar su tranquila disponibilidad a la muerte. Lanza sobre el mundo una profecía que la Virgen acoge con asombro y que verá verificarse plenamente en los años futuros. La escena recibe «una

investidura pascual» con esa referencia a la muerte-resurrección. Son palabras difíciles, revestidas de misterio, que resumen la historia de Cristo, de María y de la Iglesia. Desde el siglo V, la oración de Simeón, llamada *Nunc dimittis* por sus primeras palabras en la versión latina, se asumió como la oración de la tarde de los cristianos: es la despedida de la noche, preludio de la muerte, a la espera de despertarse al nuevo día, preludio de la resurrección.

Una confirmación ulterior de la lectura pascual de todo el fragmento procede de la referencia de Simeón a María, que será atravesada por la espada del dolor, símbolo de participación en la pasión de su hijo. Junto a él, «signo de contradicción» y causa de «perdición y de resurrección» (v. 34), la maternidad adquiere un valor nuevo: «Desde este momento, María ya no puede mirar a su niño sin que en su horizonte interior se evoque y perfile la cruz. Cada hora que pasa –incluso la más dulce y tranquila– la acerca al momento aterrador de esa catástrofe preanunciada, y ella lo sabe» (G. Biffi).

156

La madre que lo ha engendrado estará siempre cerca de él, incluso en el momento del más oscuro dolor. Por eso, podrá ser a título pleno *Redemptoris mater*, madre del Cristo pascual. El papa Juan Pablo II, en el discurso del miércoles 23 de noviembre de 1988, dijo: «La presencia de María en la Cruz demuestra su compromiso de participación total en el sacrificio redentor de su